y que el águila por el mismo mandado le volvió á llevar en peso, y le puso en el propio lugar de donde lo habia traído: y en cumplimiento de lo que se le habia dicho, venia á avisarle. Dicen, que se miró entonces Motezuma el muslo, y vió que lo tenia quemado, que hasta entonces no lo habia sentido, de que quedó en extremo triste y congojado. Pudo ser, que esto que el rústico refirió, le hubiese á él pasado en imaginaria vision. Y no es increíble, que Dios ordenase por medio de Angel bueno, ó permitiese, por medio de Angel malo, dar aquel aviso al rústico (aunque infiel) para castigo de el Rey. Pues semejantes apariciones leemos en la divina Escritura (1) haberlas tenido tambien hombres infieles y pecadores, como Nabucodonosor, y Balam, y la Pithonisa de Saúl. Y cuando algo de estas cosas no hubiese acaecido tan puntualmente, á lo menos es cierto que Motezuma tuvo grandes tristezas y congojas por muchos y varios anuncios, de que su Reino y su ley habian de acabarse presto.

(1) Dan. 2. Num. 22. 1. Reg. 28.

## CAPÍTULO XXIV

*De la nueva que tuvo Motezuma de los Españoles que habian aportado á su tierra, y de la embajada que les envió.*

Pues á los catorce años del Reinado de Motezuma, que fué en los mil y quinientos y diez y siete de nuestro Salvador, aparecieron en la mar de el Norte unos navíos con gente, de que los moradores de la costa, que eran vasallos de Motezuma, recibieron grande admiracion, y queriendo satisfacerse mas quien eran, fueron en unas canoas los Indios á las naves, llevando mucho refresco de comida y ropa rica, como que iban á vender. Los Españoles les acogieron en sus naves, y en pago de las comidas y vestidos que les contentaron, les dieron unos sartales de piedras falsas, coloradas, azules, verdes y amarillas, las cuales creyeron los Indios ser piedras preciosas. Y habiéndose informado los Españoles de quien era su Rey, y de su gran potencia, les despidieron diciéndoles, que lle-

vasen aquellas piedras á su Señor, y dijesen, que de presente no podian ir á verle, pero que presto volverian, y se verian con él. Con este recado fueron á Méjico los de la costa, llevando pintado en unos paños todo cuanto habian visto, y los navios y hombres, y su figura, y juntamente las piedras que les habian dado. Quedó con este mensage el Rey Motezuma muy pensativo, y mandó no dijesen nada á nadie. Otro dia juntó su Consejo, y mostrando los paños y los sartales, consultó qué se haria. Y resolvióse en dar órden á todas las costas de la mar, que estuviesen en vela, y que cualquiera cosa que hubiese le avisasen. Al año siguiente, que fué á la entrada del diez y ocho, vieron asomar por la mar la flota, en que vino el Marqués del Valle Don Fernando Cortés, con sus compañeros, de cuya nueva se turbó mucho Motezuma, y consultando con los suyos, dijeron todos, que sin falta era venido su antiguo y gran Señor Quetzaálcoatl, que él habia dicho volvería, y que así venia de la parte de oriente, adonde se habia ido. Hubo entre aquellos Indios una opinion, que un gran Príncipe les habia en tiempos pasados dejado, y prometido que volveria, de cuyo fundamento se dirá en otra parte. En fin, enviaron cinco Embajadores principales con presentes ricos á darles la bien venida, diciéndoles, que ellos sabian que su gran Señor Quetzaálcoatl venia allí, y que su



siervo Motezuma le enviaba á visitar, teniéndose por siervo suyo. Entendieron los Españoles este mensage por medio de Marina, India, que traían consigo, que sabia la lengua Mejicana. Y pareciéndole á Hernando Cortés que era buena ocasion aquella para su entrada en Méjico, hizo que le aderezasen muy bien su aposento, y puesto él con gran autoridad y ornato, mandó entrar los Embajadores, á los cuales no les faltó sino adorarle por su Dios. Diéronle su embajada diciendo, que su siervo Motezuma le enviaba á visitar, y que como Teniente suyo le tenia la tierra en su nombre, y que ya sabía que él era el Topilcin, que les habia prometido muchos años habia volver á verlos, y que allí le traian de aquellas ropas, que él solia vestirse cuando andaba entre ellos, que le pedian las tomase, ofreciéndole muchos y muy buenos presentes. Respondió Cortés aceptando las ofertas, y dando á entender, que él era el que decian, de que quedaron muy contentos, viéndose tratar por él con gran amor y benevolencia (que en esto, como en otras cosas, fué digno de alabanza este valeroso Capitan), y si su traza fuera adelante, que era por bien ganar aquella gente, parece que se habia ofrecido la mejor coyuntura que se podia pensar, para sugetar al Evangelio con paz y amor toda aquella tierra. Pero los pecados de aquellos crueles homicidas y esclavos de Sata-

nás pedian ser castigados del Cielo, y los de muchos Españoles no eran pocos; y así los juicios altos de Dios dispusieron la salud de las gentes, cortando primero las raíces dañadas. Y como dice el Apóstol (1): la maldad y ceguera de los unos fué la salvacion de los otros. En efecto, el dia siguiente, despues de la embajada dicha, vinieron á la Capitana los Capitanes y gente principal de la flota, y entendiendo el negocio, y cuan poderoso y rico era el Reino de Motezuma, parecióles que importaba cobrar reputacion de bravos y valientes con aquella gente; y que así, aunque eran pocos, serian temidos y recibidos en Méjico. Para esto hicieron soltar toda la artillería de las naves, y como era cosa jamás vista por los Indios, quedaron tan atemorizados, como si se cayera el Cielo sobre ellos. Despues los soldados dieron en desafiarlos á que peleasen con ellos, y no atreviéndose los Indios, los denostaron, y trataron mal, mostrándoles sus espadas, lanzas, gorgujes, partesanas, y otras armas, con que mucho les espantaron. Salieron tan escandalizados y atemorizados los pobres Indios, que mudaron del todo opinion, diciendo, que allí no venia su Rey y Señor Topilcin, sino Dioses enemigos suyos para destruirlos. Cuando llegaron á Mejico, estaba Motezuma en la

(1) Rom. 11.



casa de Audiencia, y antes que le diesen la embajada, mandó el desventurado sacrificar en su presencia número de hombres, y con la sangre de los sacrificados rociar á los Embajadores, pensando con esta ceremonia (que usaban en solemnísimas embajadas) tenerla buena. Mas oída toda la relacion é informacion de la forma de navíos, gente y armas, quedó del todo confuso y perplejo, y habido su Consejo no halló otro mejor medio, que procurar estorbar la llegada de aquellos extranjeros por artes mágicas y conjuros. Solíanse valer de estos medios muchas veces, porque era grande el trato que tenian con el Diablo, con cuya ayuda conseguian muchas veces efectos extraños. Juntáronse, pues, los hechiceros, magos, y encantadores, y persuadidos de Motezuma tomaron á su cargo el hacer volver aquella gente á su tierra, y para esto fueron hasta ciertos puestos, que para invocar los Demonios, y usar su arte les pareció cosa digna de consideracion. Hicieron cuanto pudieron y supieron: viendo que ninguna cosa les empecia á los Cristianos, volvieron á su Rey diciendo, que aquellos eran mas que hombres, porque nada les dañaba de todos sus conjuros y encantos. Aquí ya le pareció á Motezuma echar por otro camino, y fingiendo contento de su venida, envió á mandar en todos sus Reinos, que sirviesen á aquellos Dioses celestiales, que habian venido á

su tierra: todo el pueblo estaba en grandísima tristeza y sobresalto. Venian nuevas á menudo, que los Españoles preguntaban mucho por el Rey, y por su modo de proceder, y por su casa y hacienda. De ésto él se congojaba en demasía; y aconsejándole los suyos, y otros nigrománticos que se escondiese, y ofreciéndole que ellos le pondrian donde criatura no pudiese hallarle, parecióle bajeza, y determinó aguardar, aunque fuese muriendo. Y en fin, se pasó de sus casas Reales á otras, por dejar su palacio para aposentar en él á aquellos Dioses, como ellos decían.

---

## CAPÍTULO XXV

*De la entrada de los Españoles en Méjico.*

No pretendo tratar los hechos de los Españoles, que ganaron á la Nueva-España, ni los sucesos extraños que tuvieron, ni el ánimo y valor invencible de su Capitan Don Fernando Cortés, porque de esto hay ya muchas historias y relaciones, y las que el mismo Fernando Cortés, escribió al Emperador Carlos V, aunque con estilo llano y ageno de arrogancia, dan suficiente noticia de lo que pasó, y fué mucho, y muy digno de perpétua memoria. Solo para cumplir con mi intento, resta decir lo que los Indios refieren de este caso, que no anda en letras Españolas hasta el presente. Sabiendo, pues, Motezuma las victorias del Capitan y que venia marchando en demanda suya, y que se habia confederado con los de Tlascála, sus capitales enemigos, y hecho un duro castigo en los de Cholóla, sus amigos, pensó engañarle ó probarle con enviar con sus insignias y aparato un principal, que se fingiese ser Motezuma. Cuya ficcion

entendida por el Marqués, de los de Tlascála, que venian en su compañía, envióle con una prudente reprehension por haberle querido engañar, de que quedó confuso Motezuma, y con el temor de esto, dando vueltas á su pensamiento, volvió á intentar hacer volver á los Cristianos por medio de hechiceros y encantadores. Para lo cual juntó muchos mas que la primera vez, amenazándoles que les quitaria las vidas, si les volvian sin hacer el efecto á que los enviaba: prometieron hacerlo. Fueron una cuadrilla grandísima de estos Oficiales diabólicos al camino de Chálco, que era por donde venian los Españoles. Subiendo por una cuesta arriba, aparecióles Tezcatlipúca, uno de sus principales Dioses, que venia de hácia el Real de los Españoles, en hábito de los Chálcas, y traía ceñidos los pechos con ocho vueltas de una soga de esparto: venia como fuera de sí, y como embriagado de coraje y rabia. En llegando al escuadron de los Nigrománticos y hechiceros, paróse, y díjoles con grandísimo enojo: ¿Para qué volveis vosotros acá? ¿qué pretende Motezuma por vuestro medio? Tarde ha acordado, que ya está determinado que le quiten su Reino, su honra y cuanto tiene, por las tiranías grandes que ha cometido contra sus vasallos, pues no ha regido como Señor, sino como Tirano traidor. Oyendo estas palabras, conocieron los hechiceros que era su Idolo, y humilláronse



ante él, y allí le compusieron un altar de piedra, y le cubrieron de flores que por allí había. El no haciendo caso de esto, les volvió á reñir, diciendo: ¿A qué vinísteis aquí, traidores? volveos, volveos luego, y mirad á Méjico, porque sepais lo que ha de ser de ella. Dicen, que volvieron á mirar á Méjico, y que la vieron arder y abrasarse toda en vivas llamas. Con esto el Demonio desapareció, y ellos, no osando pasar adelante, dieron noticia á Motezuma, el cual por un rato no pudo hablar palabra, mirando pensativo al suelo: pasado aquel tiempo dijo: ¿Pues qué hemos de hacer si los Dioses y nuestros amigos no nos favorecen, antes prosperan á nuestros enemigos? Ya yo estoy determinado, y determinémonos todos, que venga lo que viniere, que no hemos de huir, ni nos hemos de esconder, ni mostrar cobardía. Compadézcome de los viejos, niños y niñas, que no tienen pies, ni manos para defenderse; y diciendo esto calló, porque se comenzaba á enternecer. En fin, acercándose el Marqués á Méjico, acordó Motezuma hacer de la necesidad virtud, y salióle á recibir como tres cuartos de legua de la ciudad, yendo con mucha magestad, y llevado en hombros de cuatro Señores, y él cubierto de un rico palio de oro y plumería. Al tiempo de encontrarse bajó el Motezuma, y ambos se saludaron muy cortesmente, y Don Fernando Cortés le dijo estuviese sin pena,

que su venida no era para quitarle, ni disminuirle su Reino. Aposentó Motezuma á Cortés y á sus compañeros en su Palacio principal, que lo era mucho, y él se fué á otras casas suyas; aquella noche los soldados jugaron el artillería por regocijo, de que no poco se asombraron los Indios, no hechos á semejante música. El dia siguiente juntó Cortés en una gran sala á Motezuma y á los Señores de su Corte, y juntos les dijo, sentado él en su silla: Que él era criado de un gran Príncipe, que le habia mandado ir por aquellas tierras á hacer bien, y que habia en ellas hallado á los de Tlascála, que eran sus amigos, muy quejosos de los agravios que les hacian siempre los de Méjico, y que queria entender quien tenia la culpa, y confederarlos para que no se hiciesen mal unos á otros de ahí adelante, y que él y sus hermanos, que eran los Españoles, estarían allí sin hacerles daño, antes les ayudarian lo que pudiesen. Este razonamiento procuró le entendiesen todos, usando de sus intérpretes. Lo cual percibido por el Rey y los demás Señores Mejicanos, fué grande el contento que tuvieron, y las muestras de amistad que á Cortés y á los demás dieron. Es opinion de muchos, que como aquel dia quedó el negocio puesto, pudieran con facilidad hacer del Rey y Reino lo que quisieran, y darles la Ley de Cristo con gran satisfaccion y paz. Mas los juicios de Dios son



altos, y los pecados de ambas partes muchos; y asi se rodeó la cosa muy diferente, aunque al cabo salió Dios con su intento de hacer misericordia á aquella nacion con la luz de su Evangelio, habiendo primero hecho juicio y castigo de los que lo merecian en su divino acatamiento. En efecto hubo ocasiones, con que de la una parte á la otra nacieron sospechas, quejas y agravios, y viendo enagenados los ánimos de los Indios, á Cortés le pareció asegurarse con echar mano del Rey Motezuma, y prenderle, y echarle grillos: hecho que espanta al mundo, igual al otro suyo, de quemar los navios, y encerrarse entre sus enemigos á vencer ó morir. Lo peor de todo fué, que por ocasion de la venida impertinente de un Pánfilo de Narvaez á la Vera-Cruz para alterar la tierra, hubo Cortés de hacer ausencia de Méjico, y dejar al pobre Motezuma en poder de sus compañeros, que ni tenian la discrecion, ni moderacion que él. Y así vino la cosa á términos de total rompimiento, sin haber medio ninguno de paz.

---